



# Opera en poblaciones con Andrés Pérez

**Eduardo Browne**

Director musical y orquestal

**H**ice mi debut operático en 1995, en el Teatro Municipal de Santiago. El éxito fue grande y me impulsó a la idea de hacer ópera en las poblaciones. Fundación Andes apoyó un proyecto para 1996. Todo estaba en orden en lo musical y había que encontrar el director de escena apropiado. Me sugirieron varios nombres, pero ninguno me convenció. Yo tenía en mente una forma nueva de hacer ópera y Andrés Pérez era la persona que, aunque no tenía ninguna experiencia en el rubro, sabía tener la apertura de mente que este proyecto necesitaba y también, el renombre para fundarlo.

Había conocido muy brevemente a Andrés unos años antes, en una función de *Ricardo II*, de Shakespeare, a la que asistí en un teatro en la calle San Diego muy premunido de frazadas para aguantar el feroz frío invernal que arreciaba en la sala. Lo saludé al final del espectáculo y luego se me ocurrió pasar a buscarlo a su casa, una

hora más tarde. Después de golpear mucho la puerta, me contestó medio dormido, por la ventana, que no tenía energía para levantarse y salir a comer conmigo. El frío y la tensión de la función lo habían aniquilado.

Me impresionó mucho que el actor que encarnaba a Ricardo II no contrajera una pulmonía durante el momento de los azotes, que lo tenía totalmente desnudo varios minutos en escena. Recordé la enorme cantidad de movimiento escénico de esa obra, sus símbolos y fue ese recuerdo el que me impulsó a elegir a Andrés como mi *regisseur*. Si íbamos a dar ópera en la población, teníamos que jugarlos una estupenda carta visual para mantener al público interesado.

Andrés Pérez accedió de inmediato a dirigir *Il Signor Bruschino*, de Rossini. Elegí a cantantes jóvenes que se lanzaron a la búsqueda de su personaje, en el modo de trabajo que Andrés siempre fomentaba. Pocas veces se había visto tanta creatividad y entusiasmo emanar de los mismos cantantes, quienes iban definiendo sus propias características bajo su intuitiva guía. Recreamos un *Bruschino* en la época del cine mudo, en blanco y negro y con algo de la

bidimensionalidad de la pantalla grande. Agregamos elementos chilenos, como una cueca bailada sobre un ritmo de *no-cueca* durante un estático dueto de amor, que nos ayudaron a acercar la obra a nuestro público. La cantidad de movimiento escénico propuesto por Andrés nos obligó a ensayar mucho más de lo habitual.

Estrenamos a tablero vuelto en los Conciertos de Mediodía del Teatro Municipal. Se abrió un nuevo capítulo, donde se podía asistir a una ópera pagando mil pesos por una entrada en platea. A los pocos días, vino el momento tan esperado. Recuerdo con mucha claridad el nerviosismo que sentíamos con respecto a la asistencia de público en la población La Legua en Santiago. Estábamos convencidos de que, si hubiera la forma de establecer una relación entre nuestro espectáculo y Yuri o cualquier otro artista popular, el éxito iba a ser total. Pero un compositor llamado Rossini era muy probable que no atrajese a nadie. Nuestras especulaciones resultaron erradas cuando llegó tal cantidad de público que, luego de admitir a cincuenta personas de pie, tuvimos que mandar a

## ANDRÉS PÉREZ:

Cuando Juan Rodríguez acaba de estrenar la ópera «El encantamiento» y Jorge Díaz prepara una cantata, Andrés Pérez se suma a la ruptura de las convenciones teatrales asumiendo la regía de la ópera «El señor Bruschino o el hijo por accidente» en el Teatro Municipal.

## “LA OPERA ME PONE EN PELIGRO DE NUEVO”



Leonardo Aguilar (Gaudenzio), Miriam Caparotta (Sofía), Ximena Cerón (Marianna) y Andrés Pérez (Régie) en *El Señor Bruschino* de Gioacchino Rossini. Dirección musical: Eduardo Browne. Teatro Municipal de Santiago, 1996.



**La escala de seda** de Rossini. Regie: Andrés Pérez. Dirección Musical: Eduardo Browne. 1997.

otras cien de vuelta a casa por no haber más espacio. Los pobladores aplaudieron a rabiar y expresaron verbalmente su felicidad, al ser finalmente *tomados en cuenta y dárseles un refinado espectáculo generalmente reservado para otros sectores.*

En 1997, invité nuevamente a Andrés a dirigir nuestra segunda ópera, *La escala de seda*, de Rossini. En ésta, se plasmaron muchos elementos que conocíamos tanto en su obra como también en el carácter de su compañía, que no por casualidad se

llamaba Gran Circo Teatro. Recuerdo el entusiasmo con que, en una reunión con todo el elenco, definimos la ambientación que le daríamos a la obra. Esta sería una ópera completamente popular, situada en un mundo de mucha pobreza, una modesta vivienda con letrina incluida. La sagacidad de Andrés para extraer los elementos populares de las sugerencias actorales de los mismos cantantes, se materializó en elementos muy especiales, como el paquete de galletas Tritón que el amante trae de regalo a su novia (y no un ramo de rosas), el status socioeconómico arribista de otro personaje, que encarnaba a un sargento de ejército, y las situaciones cómicas que se observaban en el baño y que contrastaban con otras escenas de mucha magia y ensueño. Magia con la que el pobre trata de escapar de su realidad.

Andrés nuevamente diseñó con su equipo toda la escenografía y la coronó con un telón de fondo, que copiaba el diseño de la caja de fósforos Andes. Las exigencias para los cantantes crecieron sobremanera, con la escena final teniendo que ser ensayada por lo menos unas cuarenta veces: debíamos coordinar el pánico de cuatro personajes que son descubiertos en la misma habitación a media noche por el dueño de casa y que corren alrededor de una mesa, arrojando al aire sus prendas de vestir y sus zapatos, los que tenían que ser recogidos por el que venía detrás, todo eso al ritmo frenético del Presto rossiniano.

Andrés y yo autorizamos también a nuestros cantantes para que usaran palabras castellanas entremezcladas con el original italiano, lo que se prestó para cómicas alusiones a eventualidades que incluso tocaron a nuestro

partido definitorio contra Paraguay para el Mundial de Fútbol. La genialidad de uno de nuestros cantantes de improvisar sobre el texto original, en el momento cúlmine de la ópera, *brindo por Chile que ahora va a ganar mañana al Paraguay*, creó una conmoción como yo nunca he visto en las mil quinientas personas que asistían esa noche en La Pincoya y casi

fuimos sacados en andas de la función. Está demás decir que, durante los sesenta segundos que siguieron a esa proclama y con los que termina la obra, la gente se puso de pie y comenzó a vitorear *Chile, Chile*. No se pudo oír una sola nota más de música...

Durante 1998, tuvimos nuestra última colaboración con otra ópera de Rossini, *La cambiale di matrimonio*.

En esta oportunidad, probamos una puesta en escena muy tradicional pero seguimos incursionando en la capacidad actoral de nuestro elenco, siempre exigiendo un movimiento que nos hiciera olvidar que la ópera haya alguna vez sido tildada de estática.

Para definir el legado de Andrés Pérez en el ámbito operático, hay que citar su deseo de incorporar al can-

**C**uando conocí el trabajo de Andrés Pérez en la terraza Caupolicán del cerro Santa Lucía en el verano de 1989, en donde se presentaba la exitosa obra *La Negra Ester*, bajo su dirección, me causó una fuerte impresión su multifacética capacidad creativa, su imaginación y los juegos teatrales propuestos a un público heterogéneo, que absorbía imágenes nunca vistas antes en el teatro chileno. Fue esa infinita capacidad de creación con un mínimo de recursos, haciendo inclinarse a su favor las dificultades inherentes a cualquier montaje teatral, lo que revelaba con nitidez el hecho de estar en presencia de un creador neto. Me pregunté entonces qué interés podría tener este creador, Andrés Pérez, respecto de un género artístico completamente diverso como es la ópera. Y así lo conocí.

Para mi sorpresa, fue él mismo quien planteó la necesidad de masificar la ópera y mostró de inmediato un interés en el género.

Entre los proyectos de ópera que concretamos, quiero destacar el trabajo realizado con *El señor Bruschiño* de G. Rossini, ópera que se presentó en los Conciertos de Mediodía del

Teatro Municipal, proyecto desarrollado en conjunto con el joven director de orquesta Eduardo Browne.

Este proyecto de hacer una ópera, prácticamente sin recursos y con múltiples restricciones de espacio, de escenografía, vestuario e iluminación, convirtió a esta obra rossiniana en un proyecto audaz, que replanteó la forma de realizar ópera. Su propuesta innovativa y creadora, en blanco y negro, utilizando fuertemente la técnica de la pantomima, hizo que los cantantes líricos entraran en un nuevo estilo de trabajo, desconocido pero a la vez muy estimulante para ellos.

La respuesta del público no se hizo esperar. El espectáculo fue ovacionado por la propuesta ágil, novedosa, distinta, sencilla pero eficaz, a pesar de todas las limitaciones físicas y económicas que tuvo que enfrentar. Sin embargo, lo más audaz de la iniciati-

## Andrés Pérez

**Andrés Rodríguez**

Director Teatro Municipal de Santiago



tante al proceso de creación del ambiente y del personaje, y su propósito de hacer una actuación tan viva, que el elemento visual no dejara nunca de ser un atractivo más para el género. Hubo críticas a este *movimiento escénico* tan intenso. Pero creo que fueron formuladas por espíritus que no podían aceptar lo innovativo y que sólo podían entender la ópera en una di-

mensión musical. La manera de ensayar, con ejercicios de caracterización para los cantantes, el tiempo entregado para lograr una completa asimilación de los personajes, que permitiera incluso la improvisación y un gran deseo de explorar en conjunto y no de imponer ideas, entusiasmaron mucho a nuestras jóvenes voces, ganando plenamente su confianza. Andrés nece-

sitaba la flexibilidad que nosotros músicos supimos darle.

Así, el acercamiento de la ópera al público, que los dos perseguíamos, pudo lograrse gracias al admirable ambiente de trabajo que él instauró y a su intuición para captar todo lo teatral del género y todos los elementos chilenos que podían explotarse en cada situación. ●

## Regisseur

Andrés Pérez dirigiendo al elenco de **El Señor Bruschino** de Gioacchino Rossini. Dirección musical: Eduardo Browne. Teatro Municipal de Santiago, 1996.



Fotografía: Tino Pisenti. Diario El Mercurio

va fue llevar este mismo espectáculo a un medio totalmente distinto del Teatro Municipal de Santiago, como fue la presentación de la misma ópera en la población La Legua, como parte de un proyecto educativo patrocinado por la Fundación Andes. La obra fue muy bien recibida por el público local y generó elogiosos comentarios de este trabajo por la crítica especializada y por lo inédito del proyecto.

Pasaron algunos años y volvimos a conversar acerca de un gran proyecto que el Teatro Municipal quería realizar y que a él le atrajo mucho: poner en escena la célebre ópera *Carmen* de G. Bizet, ofreciéndola en un espacio al aire libre, con masiva asistencia de público y con su particular visión creadora. Exploramos espacios en las comunas de La Cisterna y San Miguel, pero la falta de recursos económicos obligó a la postergación de este ambicioso proyecto. Fue a comienzos del año 2001 cuando el nuevo Alcalde de Santiago se interesó por poner en movimiento el proyecto y volvimos a conversar con Andrés Pérez, esta vez, con la idea de montar esta *Carmen* en la Plaza de Armas de la capital.

El creador visualizó de inmediato como un gran escenario la histórica

plaza, pensando en una intervención total de la cara norte de dicho lugar y la participación de cientos de extras de todas las edades para así generar una inmensa fiesta popular, que permitiría acercar un público no habitual a la ópera. Como parte de la escenografía se utilizarían la Municipalidad de Santiago, el Museo Histórico, el edificio de Correos, la fachada de la Catedral, las calles que convergen en la plaza y los portales que rodean este gran espacio. Lamentablemente, esta vez el creador no tuvo oportunidad de realizarla y el proyecto quedó pendiente.

Andrés Pérez fue un artista integral que abarcó muchas disciplinas artísticas que las comprendió y que las hizo interactuar. Sus obras las abordó siempre con una estética propia y un trabajo de equipo muy comprometido.

Quiero, en estas breves líneas, dejar un testimonio dedicado a este gran hombre de teatro que hizo posible que un gran número de personas, sin importar edad, ni condición social, participara de la magia de la ópera.

Su nombre como regisseur quedará inscrito en la historia del Teatro Municipal de Santiago. ●